

La Mejor Venganza

Por Santiago Arellano Irujo

I

El club X..., de Manila, daba un baile suntuoso en conmemoración del décimo quinto aniversario de su fundación. El espacioso salón de actos, transformado en sala de baile, brillante y luminoso como un ascua de oro, veíase engalanado con grímpolas y colgaduras que lucían los colores de las banderas de diversas naciones, por tratarse de un club cosmopolita. Lo mejor de la sociedad manileña estaba allí representado, predominando la juventud de ambos sexos, que ardía en impaciencia porque diese comienzo el baile. Luz, perfumes, alegría, belleza, chicleos se escuchaban y percibían por doquier, con gran contentamiento del alma y los sentidos. No sería desacertado suponer que, así para el plantel de bellísimas mujeres que deambulaban enjovadas y sugestivas por el salón, como para los jóvenes elegantes, de rigurosa etiqueta vestidos, que mariposeaban en torno de ellas, aquel lugar era la propia gloria trasladada por una noche a la tierra. Por fin llegó el momento de danzar apetecido. El director de la orquesta iba a dar la señal a sus músicos... De improviso, en vez de los acordes esperados, en uno de los extremos de la sala más concurridos, se oyeron voces de disputa, seguidas de una sonora bofetada que repercutió desagradablemente en los oídos de todos los presentes. Algunos, los más serios, hicieron además de marcharse, pero viendo que los contentientes eran separados por sus amigos, se detuvieron. Por todas partes se oían exclamaciones de disgusto:

—¡Shocking!

—¡Qué mal gusto! ¡Venir a reñir a un lugar como éste y en esta ocasión!

—Pero ¿qué es lo que ha pasado?—inquirió una señora entrada en años a un joven que salía del rincón de la trifulca.

Está no se hizo de rogar, pues su profesión de abogado le incitaba en cualquier momento a dar juego a la lengua. Carraspeó afectadamente, con el fin de dar tiempo a que se aproximaran otros curiosos, y una vez conseguido su objeto,

—Parece ser—explicó—que el ofensor pretendía bailar la primera sonata con la novia del ofendido. Este le hizo notar lo inconveniente e

inoportuno de su pretensión; pero el otro, sin atender a razones, replicó violentamente, se agrió la cuestión, y el pobre Juan Ibiernas, el novio, recibió el bofetón consabido. Creo necesario advertir a Vds., para la mejor inteligencia de lo sucedido, que el agresor fué en un tiempo pretendiente de la novia de Juan, recibiendo de ella, en pago de su adoración, un magnífico ejemplar cucurbitáceo de eso que los enamorados llaman, no sé por qué, calabazas. Con esto queda aclarado el móvil de la agresión... Llovía sobre mojado... En otra época, lo ocurrido entre esos dos jóvenes terminaría en un duelo a muerte; en los tiempos prosaicos que corremos, las leyes no permiten que el hombre vindique su honra mancillada... ¡O témpora, o mores! Y es una lástima, porque ambos son cazadores y manejan las armas que es un primor, sobre todo Juan. No hay premio de tiro al blanco que no se lo lleve él. Y, a propósito: pasado mañana tenemos proyectada una cacería en una provincia cercana, y si mal no recuerdo, en la lista de los socios de este club que tomarán parte en ella, figuran Juan y Luis Villarroel, que es el ofensor. ¡Pobre Juan, con lo noble y valiente que es, llamarle cobarde y abofetearle ante un público tal y delante de su novia por añadidura! Los hombres no perdonan nunca ofensas de esta clase, y menos aún los que, como Juan, llevan sangre española en las venas. Pase que los varones no insultemos entre nosotros, tengamos o no valor, pero ante Vds., señoras y señoritas, tenemos que ser todos unos Rolandones, unos Bayardos, en fin, unos corderos con piel de león...

—Cuando pega Vd. la hebra, amigo mío, no la suelta en tres días—exclamó interrumpiendo al abogado una linda mestiza de veinte años.—Todo lo que Vd. acaba de decir es muy interesante, pero no se le ha ocurrido pensar que esa cacería podría terminar mal. Si de mí dependiera, no permitiría que esos dos muchachos fueran juntos de caza.

—¡Ni yo tampoco...!

—Ni yo...

—Lo mismo digo...—ratificaron uno tras otro todos los presentes.

Iba a contestar el leguleyo, pero la orquesta iniciaba entonces un fox-trot, y no era cosa de perderlo. Recobró el salón su animación interrumpida, y al poco rato, ya nadie se acordaba del incidente. ¿Nadie? No; alguien había que en aquel momento se estremecía de cólera dentro del auto que lo llevaba a su domicilio.

II

Han transcurrido veinticuatro horas. Juan, que no se ha movido de casa desde la noche anterior, ha recibido durante el día la visita de



varios amigos, que han ido a verle ex-profeso para recomendarle prudencia; entre ellos estuvo el presidente del club y jefe de la expedición cingética, quien, temiendo alguna desgracia, trató de disuadir a Juan de que tomase parte en la cacería; pero encontró a éste en tan buena disposición de ánimo y tales promesas obtuvo de él, que se fué convencido de que todo peligro estaba conjurado, y accedió a que Juan les acompañase al día siguiente.

No obstante, la calma del joven era sólo aparente. Así como se vió libre de oficiosos visitantes, se encerró en su biblioteca, donde a más de buenos libros guardaba una variada colección de armas y trofeos de caza. Estos últimos, adosados a los entrepaños de las ventanas y a los espacios de pared que dejaba libres la anaquelaría, consistían en cabezas de jabalíes y ciervos, disecadas, de diversos tamaños. En el tabique testero se destacaba una panoplia de kris, bolos y kampilanes. Sendos y fonjes butacones, guardados de cuero, en los ángulos de la estancia, una mesa oblonga, de narra, en el centro, y alguna que otra silla aquí y allá, componían el resto del mobiliaje, todo limpio y ordenado.

La primera operación de Juan al encerrarse allí, fué encender la luz; abrió luego las ventanas para que se renovara el aire de la habitación, y sacando de uno de los aparadores dos escopetas de caza de dos cañones, las examinó minuciosamente; eligió una de ellas y se puso a limpiarla y aceitarla con la destreza de un armero. Terminada la limpieza, comprobó que los gatillos funcionaban sin esfuerzo, llenó una canana de

cartuchos, volvió la escopeta desechada al armario, y dejando la limpia enfundada sobre la mesa, sonrió amarga y siniestramente. Bien sabía que "aquello" le llevaría derecho a la cárcel; que perdería su posición social, el bienestar material que le proporcionaba su fortuna; que ya no podría casarse con la mujer que amaba, a quien había jurado la noche anterior, al despedirse de ella, no cometer ninguna violencia; pero todas estas consideraciones se desvanecían como el humo al recordar la ofensa. ¡Pegarle a él! ¡Y aun vivía aquel canalla! ¡Y le había insultado llamándole cobarde! ¡Cobarde él, cuando jamás había temblado ni al luchar a brazo partido con un jabalí furioso ni a la proximidad del caimán! "¡Puaf, qué asco!", se dijo tratando de ahuyentar de su mente aquellas ideas, mientras cogía al azar un libro. Se arrellanó en una butaca y comenzó a leer automáticamente. ¡Qué insípida le resultaba la lectura! ¡Qué necea la literatura frente a la realidad de la vida!—"Palabras, palabras y palabras," dijo el trágico inglés—masculló decidido a dejar la lectura. Ya iba a cerrar el libro, cuando una frase atrajo su atención. "Combatir el mal con la violencia, es duplicar el mal", decía el autor del libro. "Tiene razón este buen ruso", pensó Juan. "Pero ¡bah!, éstos son sueños de utopistas; una cosa es predicar... y otra recibir una bofetada". Dejó el libro con desdén sobre la mesa y cogió otro, también de autor moscovita, de Dostojevsky, a quien admiraba como el más sutil buceador de conciencia atormentadas. Parecía recordar que en la obra cumbre del gran psicólogo ruso,

en "El crimen y el castigo", que era la que tenía en la mano, había un pensamiento que se podía referir a su caso actual. Hojeó febril el libro, y al fin dio con lo que buscaba: la reflexión del desdichado Raskolnikoff, en uno de sus vagabundeos delirantes, después de perpetrado el delito: "Qué cobarde es el hombre, y qué cobarde también aquél que por ello le llama cobarde".

Sabía Juan que lo que movía a pensar así al extraño personaje de Dostojewsky no tenía nada que ver, en principio, con su propio caso; pero se acoplaba tan bien aquel pensamiento con el concepto que le merecía la chulapería de Luis, que le sirvió para afianzarse en su determinación homicida. Apagó la luz, cerró las ventanas, y con el libro en la mano por si no podía conciliar el sueño, se retiró a su cuarto murmurando: "La suerte está echada; duerme tranquilo, Luis, que ésta es tu última noche."

III

Antes del amanecer, varios automóviles salían uno en pos del otro de Manila conduciendo a los cazadores del club X..., que se las prometían muy felices descalabrando a todo animal, bípedo o cuadrúpedo, que se les pusiera delante. Todos ellos eran fervientes devotos de San Humberto, patrón de los cazadores, si no me equivoco. Como nunca he pasado de pescador de caña, mal podría describir el entusiasmo de los aficionados a la caza, de no habérmelo pintado con los vivos colores de su verbo andaluz uno de los que participaron en la incidentada caería que motiva este relato. Apenas habían dormido, ocupados en la limpieza y apresto de las armas, y, no obstante, en sus fisonomías se transparentaba el placer de que estaban poseídos. Hablaban, al correr de los autos, de sus proezas cinegéticas pasadas; discutían acaloradamente sobre si el vuelo de la agachona es más o menos rastrero que el de la codorniz de Europa; sobre si el olfato del podenco es superior o inferior al del galgo. Pero todas las disputas cesaban como por ensalmo cuando alguien decía que el placer de la caza supera a todos los que pueda sentir el hombre, sin excluir los del amor. En este punto no había divergencias: todos estaban de acuerdo. Y cuenta que la mayoría eran honrados padres de familia. ¿Qué dirían sus mujeres si les oyeran?... Pero vuelvo a mi asunto, es decir, a mis protagonistas. Uno recordaba la prosapia divina de los cazadores con la evocación de Diana, diosa de la caza, hija del mismísimo Júpiter; otro sacaba a colación alguno de los trabajos de Hércules, consistente en desquijarar fieras; esoto citaba la caza del jabalí de Calidonia, a la que asistió el propio Jasón, inmortalizada por Poussin en un cuadro famoso que recordaba haber visto en el museo del Prado cuando estuvo en Madrid.

Y con tales remembranzas sentíanse doblemente dichosos, como si algún parentesco les uniera con tan encumbrados personajes. En todos los automóviles se hablaba con idéntica animación. Juan, que iba en el de los cazadores-mitólogos, callaba, disimulando a duras penas la turbación que se apoderaba de él conforme se acercaban al lugar señalado para el ojeo.

Alborecía ya cuando llegaron al punto de destino, situado en la estración de una pequeña cordillera de montañas. Se apearon con alegre rebullicio, respirando a pleno pulmón la fresca brisa matinal, y como no lejos de allí serpenteaba un arroyuelo y tenían las piernas entumecidas, se dieron una carrera para desentumecerlas y abluccionarse de paso en las frías aguas del regato, mientras los criados, que venían en coche aparte con los perros, armas y provisiones, soltaban los cares y se ponían a preparar a toda prisa un frugal desayuno a base de fiambres y café. Un detalle en que nadie se fijó fué que Juan se dejó el perro en casa, olvido raro en un cazador.

Al volver del riachuelo, Luis, que por un cínico alarde de valor no quiso quedarse en la capital, intentó acercarse a Juan, para disculparse, pero no se atrevió. Y menos se atreviera si hubiera podido escuchar lo que Juan debió de decir a un buen amigo que con él iba conversando, quien, temeroso de que el joven les aguara la fiesta, le dijo cuando se separaron: "Tú eres cristiano, Juan, y ya sabes lo que Cristo ordena: perdonar las injurias, como El las perdonó, y a quien nos hiera en una mejilla, presentarle la otra".

IV

Los cazadores se han desperdigado por el monte para apostarse en los sitios convenidos. Entre los árboles, rodeados de helechos, sensitivas y cogen, se vislumbra el cielo azul surcado por cúmulos y nubecillas de un blancor ligeramente añilado, como el de la ropa blanca recién lavada. Alguno que otro *lumbay* acabado de frutear, muestra su copa cuajada de bolitas rojas, que le dan cierta semejanza con el cerezo. Aumenta el calor, por ser ya muy avanzada la mañana. La batida ha resultado infructuosa; ni una sola pieza de importancia han podido cobrar los cazadores, que empiezan a desanimarse. Tan sólo alguna pobre avecilla se pone de cuando en cuando al alcance de las escopetas, cuyos disparos repercuten aparatosamente en las ecoicas quedades de las cañadas. Juan, más experto que ninguno de sus compañeros, ha descubierto al cabo dos rastros, el del jabalí y el de Luis, tortuosos los dos y en la misma dirección, como si ambos, hombre y fiera, fueran a encontrarse. Juan está parado y perplejo, no sabiendo qué camino

seguir; son dos huellas igualmente tentadoras; su afición le incita a seguir a la bestia; su odio, a su enemigo. En vano se resiste a la venganza; sus razonamientos resbalan sobre su voluntad sin rozarla siquiera. Mas tarde, recordando este momento, comprendió la profundidad de aquel pensamiento de Pascal: "El corazón tiene sus razones que la razón ignora". Pero entonces no se le ocurrió pensar en esto ni en nada más que en su odio. Con un movimiento brusco, terció le escopeta y marchó tras los pasos de Luis. Habría caminado cosa de doscientos metros por la fatigosa e intrincada espesura, cuando, delante de él y en un claro del bosqueje sonaron ladridos y un sordo rebudío, a los que siguieron dos tiros y un grito humano de terror. Juan comprendió en seguida, apretando el paso en

zurrado, agonizaba. Se notaba que a Luis le faltaban las fuerzas por momentos; pronto no sería su cuerpo más que una piltrafa sangrienta. La fiera, en una de sus embestidas, se alejó algunos metros de Luis impelida por la inercia, instante que aprovechó el joven para pedir auxilio y orientarse para una posible huida. Y entonces vió que no estaba solo; reparó en Juan, y viendo la faz adusta de su enemigo, palideció terriblemente y perdió toda esperanza. La voz de socorro se le heló en la garganta; mas al ver que el jabalí volvía a la carga, gritó a Juan, desesperadamente: "¡Mátame de una vez!" Aquel grito moviera a lástima a cualquiera. Juan no vaciló: levantó la escopeta, fijó la puntería, y uno tras otro disparo los dos tiros.



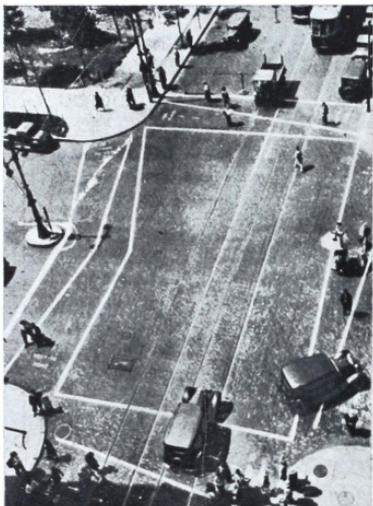
aquella dirección, que aquellos dos tiros habían errado el blanco o simplemente herido al jabalí, en cuyo caso el cazador estaba perdido, pues no tendría tiempo de volver a cargar la escopeta. Una idea súbita le hizo estremecerse. "¡Si será Luis!" pensó. "¡Oh, si lo fuera, sería la providencia quien me vengara."

Llegó jadeante al vano del bosque y miró ceñudo y curioso el espectáculo que se ofrecía a su vista. Luis, demudado y con el brazo derecho ensangrentado, se defendía a cuchilladas de un enorme jabalí que, ciego de rabia y herido, le acometía. A un lado, el pobre perro, despan-

La tragedia entre el hombre y la fiera había terminado. Un olor acre de pólvora y sangre flotaba en la atmósfera. Cuando llegaron los demás cazadores atraídos por las detonaciones, vieron un hombre de rodillas... Era Luis, que viendo caer muerto al jabalí con dos balazos en la cabeza, había caído a las plantas de Juan, trémulo de gratitud y admiración hacia aquel hombre a quien insultara y abofeteara dos días antes, y que le salvaba la vida cuando podía haberle dejado morir sin riesgo alguno.

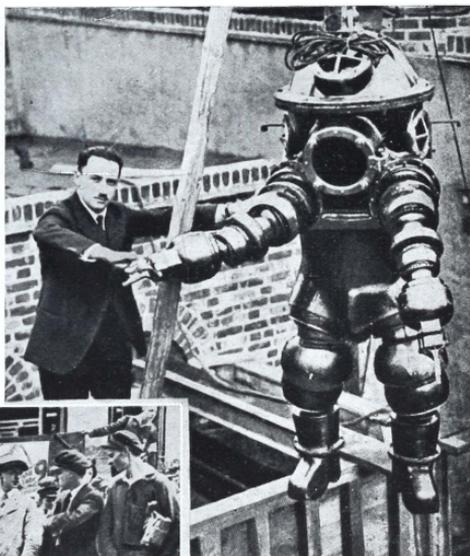
—Te perdono—le dijo Juan alzándole del suelo. Y ante la estupefacción de los conmovidos compañeros, agregó dirigiéndose a Luis, pero de modo que le oyeran todos:—No sabes, ni yo tampoco lo sabía antes, la satisfacción que siente un "cobarde" cuando puede vengarse así.

El general Ceryo, jurando el cargo de Presidente de la República de Perú, al que ha sido exaltado por la Junta militar formada después de la deposición del anterior Presidente Sr. Leguía, efectuada al quedar victoriosa la revolución que contra el mismo estalló en aquel país.



Esta temerosa y espontable máquina es toda una señora escafandra, con la que un buzo puede descender a la respetable profundidad de 250 brazas y ha sido ideada por el Sr. José Salim Peress. Dentro de ella, el buzo puede comer, escribir y fumar. Solo le falta un aparato de radio para ser completa.

Varios son los medios ideados en varias partes del mundo para solucionar satisfactoriamente el problema del tráfico, pero hasta ahora han resultado más o menos ineficaces. Vean, en la fotografía, la serie de líneas trazadas en la intersección de dos calles de la ciudad de Chicago, que es un novísimo y complicado sistema para regular automáticamente el tráfico de vehículos y peatones. . . para que sigan ocurriendo los accidentes de siempre.



La policía de Berlín cacheando a una larga fila de socialistas durante las elecciones celebradas en la república germana para elegir el quinto «Reichstag», en las que triunfó por cierto por abrumadora mayoría el Partido Social Nacionalista.

